

La literatura infantil y juvenil contra los tebeos

por Felipe Hernández Cava*



SCHULZ, CARLITOS TE NECESITAMOS, JUNIOR, 1995.

recuerda que todavía existen historietas que podemos poner en

El tebeo, la historieta hace tiempo que han dejado de ser producto cultural de primera necesidad para el público infantil y juvenil que ahora prefiere la TV o los videojuegos, mientras

que los progenitores se decantan por la LIJ como primera lectura para sus retoños. A pesar de todo ello, Hernández Cava nos

manos de los niños «sin sonrojo», y que muchas de ellas tienen tanta o más calidad que algunas obras de LIJ.



SCHULZ, CARLITOS TE NECESITAMOS, JUNIOR, 1995.



Son varios los factores que han contribuido a menguar la importancia que la historieta tuvo antaño en los círculos infantiles y juveniles españoles. Cuando se nos pregunta a las personas relacionadas con el medio, tendemos a enumerar algunos de ellos: la crisis del modelo europeo de revista y de álbum (exceptuando alguna colección emblemática, como las de Tintín y Astérix), la ausencia de una crítica especializada y regular en los medios de comunicación, la hegemonía de la estética japonesa y norteamericana en los dibujos animados (verdadera escuela del gusto visual), o la decantación de los niños y los jóvenes por medios más dinámicos (como los videojuegos), entre otros.

Pero sólo en contadas ocasiones se nos ocurre hacer referencia a otra cir-

cunstancia que, al menos yo, considero crucial: el arraigo, en las dos últimas décadas, de la literatura infantil y juvenil como *primera lectura*.

Supongo que son muchos los pedagogos que consideran que la formación cualitativa de una niña o un niño es mayor si, en vez de perder el tiempo con tebeos, inicia un proceso de aproximación a ese bien preciado que es la lectura con unos libros pensados *ad hoc* para ir desarrollando en los alevines de lector esa inquietud.

Sobre la pobreza de la LIJ

Así que, con el visto bueno de los enseñantes, hemos ido viendo florecer en los últimos veinte años textos que, casi siempre al hilo de los criterios psi-

cológicos, se parcelan por ciclos de edades y temáticas idóneas hasta que, ¡maravilla de maravillas!, un buen día el lector madura y accede a los clásicos.

Tan delirante como aquella campaña franquista que rezaba: «Donde hoy hay un tebeo, mañana habrá un libro», que enfatizaba la condición de la historieta sólo como nexo de unión entre el analfabetismo y la lectura, es la consideración actual de que esos textos de literatura infantil, diseñados con tiralíneas, en los que se tiende a despojar la riqueza literaria hasta límites incomprensibles, puedan ser el trampolín hacia obras de mayor complejidad.

No voy a entrar en este artículo en polémica con los criterios psicopedagógicos que han regulado la mayoría de estas ediciones (me acuerdo, por ejemplo, de los reparos que tuvo que padecer

Roald Dahl, hoy incuestionable, al principio), pero me gustaría que alguien me pudiera demostrar que la calidad media de estos textos, especialmente en lo que se refiere a lo literario, es superior a la de los tebeos, con ser la de éstos poco digna de encomio en general.

Como bien señalan algunos de mis amigos ilustradores, debería revisarse el criterio de los derechos de autor por el que un *escritor* de una serie de bobadas cobra mayor porcentaje que el dibujante que, por lo general, presta a esa obra cierta decencia, y a veces magnificencia, con su labor.

La literatura infantil y juvenil, tal y como se entiende últimamente, se ha convertido en un género literario que tiene mucho de subgénero. Una buena parte de sus autores, descontextualizados de esa «especialización», no podrían sobrevivir ni en el ámbito de lo que tiende a aceptarse como «literatura con mayúsculas» ni, aunque les cueste creerlo, en el de los tebeos. Así las cosas, este nuevo género, no tan distante del de la «novela rosa» o el de la «novela del oeste de quiosco» —aunque ya quisieran algunos tener la capacidad de un Mallorquí o de un González Ledesma— ha ido sustituyendo en los hogares a los tebeos, a veces con la idea de que complementaba la formación escolar.

Los padres contemplan a sus pequeños leyendo que «el gatito Miaucifú hace miau en la cocina y hace fú porque quiere una sardina», y ven en ellos el proyecto de unos devoradores de *El Quijote*. Yo, en su lugar, me sentiría más tranquilo si les viese con un «Anacleto» de Vázquez entre las manos. Pero el tiempo, qué duda cabe, acabará poniendo a cada uno en su sitio, LOGSE incluida.

Mamá, papá: compradme un libro

Existe un intervalo de tiempo, hasta que un tierno inafante pasa a administrar su paga semanal y compra sus propios tebeos (suponiendo que le interese este medio), en el que los padres tienen un pequeño margen de influencia sobre la educación del gusto de la criatura.

En dura competencia con la propaganda respaldada por la serie televisiva o la película de moda, se puede tratar de apartar la mente en formación de la bazofia, con la clara conciencia de que se libra una batalla que puede perderse fácilmente. El problema, sin embargo, para muchos de esos progenitores es saber a qué publicaciones acudir en busca de auxilio. Pues bien, sin necesidad de tratar únicamente de ampararse en la

nostalgia de lo que a ellos les dejó una huella indeleble y recordada como positiva, que es una de las fórmulas, lo cierto es que existen algunos personajes, no muchos, que se pueden depositar en las manos infantiles sin sonrojo.

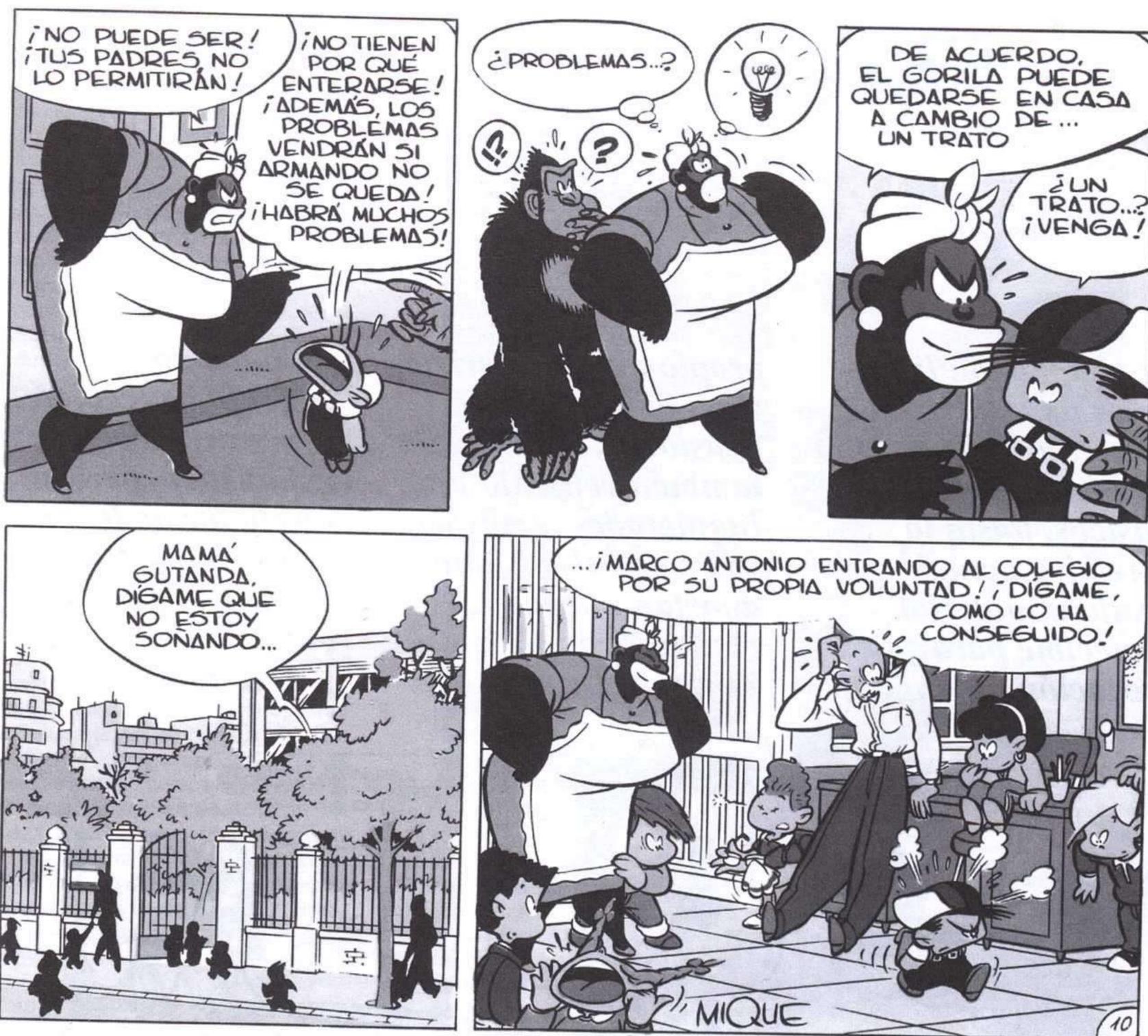
En primer lugar, están algunos clásicos de siempre: Tintín de Hergé, Astérix de Goscinny y Urdezo (mucho mejor cuando corresponde a la etapa en que el guionista aún vivía), Carlitos de Schulz, Lucky Luke de Morris o de Goscinny-Morris, además de varios títulos que de la colección Olé (especialmente los de Vázquez y Raf).

En segundo término, citaré a aquellos otros que son clásicos en otras latitudes y que aquí, ignoro por qué extrañas razones, no acabaron consiguiendo ese estatus: Iznogud de Tabary o de Goscinny-Tabary, Spirou (insuperable cuando lo hacía a solas Franquin, pero muy digno en sus sucesivas autorías, incluida la actual de Tom y Janry), El pequeño Spirou de Tom y Janry, o el más reciente Calvin y Hobbes de Bill Watterson, una de las tiras más brillantes e inteligentes posteriores a Carlitos.

En tercer lugar, los pocos personajes creados en España en los últimos tiempos sin partir de la premisa de que el lector infantil es un descerebrado que puede engullir cualquier clase de basura



VÁZQUEZ, ANACLETO AGENTE SECRETO, BRUGUELANDIA, BRUGUERA, 1981.



gráfica y literaria: Superlópez de Jan (que voló más alto cuando al principio Pérez Navarro se encargaba de los guiones), Marco Antonio de Mique Beltrán, y Leo Verdura de Rafael Ramos.

Y, en último lugar, lo que evidentemente hago como ardid para tratar de atraer una vez más la atención sobre un personaje que sigue pasando por el quiosco a hurtadillas, Groo de Evanier y Aragonés, desternillante parodia (como también lo fue el álbum *Magnor, el Poderoso* de los mismos autores) de los

descerebrados personajes que pululan por el vasto campo de la historieta. Todas estas recomendaciones, más las que puedan ustedes deducir de las exhaustivas sugerencias de Jesús Cuadrado, tienen algo en común: el hecho de que pueden ser leídas igualmente por un adulto y un no adulto, tal es el grado de su riqueza de niveles de lectura. Y ¿dónde está la clave de esa riqueza? Pues ni más ni menos en que detrás de dichas obras ha habido o hay guionistas de un gran talento (como el ya fallecido

Gosciny, o Evanier, o Pérez Navarro), lo que es un lujo dentro de esta rara especie de profesional, o autores tocados por la gracia para ser padres absolutos de una creación que ha sabido o sabe moverse en esa difícil franja en que la inteligencia no tiene destinatarios limitados por las diferentes etapas del crecimiento humano. ■

*Felipe Hernández Cava es guionista y crítico de arte.